

discurro la Trapa comparable a tal situación, y esta en que vivimos me parece un lecho de rosas con respecto a lo que sabemos que sucede a los mal casados.»

Las aves han vuelto, los estanques se han secado, los nuevos cenobitas que se hallan en la Trapa son perfectamente conformes a los que habitaban este desierto en el siglo XI. Parecen una colonia olvidada de la edad media; cualquiera diría que representan una escena de otros tiempos, si al acercarse á ellos no se echase de ver que son actores reales, que una orden de Dios ha transmitido del siglo XI á nuestra escena: no tienen relación con los tiempos modernos mas que por medio del trabajo.

No se sabe si Rancé siguió una correspondencia epistolar con la abadesa de Clairéts, como la siguió con Luisa Reger de La Mardelliere, madre del conde de Charny; acaso á fuerza de indagaciones podrian

hallarse algunas de las cartas que escribía Rancé en su juventud á madama de Montbazon, pero ya no tengo tiempo para ocuparme en esos errores. Para informarme de las primaveras de otras vidas, necesitaría hallarme en la de la mia: jóvenes vendrán que tendrán solaz y humor para buscar lo que yo indico. El tiempo ha tomado mis manos en las suyas: nada se coge en dias de invierno.

En la *Menagania* se encuentra lo que pensaba Menage de Rancé? «Nunca leo,» dice, «las obras del abad de la Trapa sin admiracion; es el hombre que mejor escribe en todo el reino; su estilo es noble, sublime, inimitable; su erudicion profunda en materia de regularidad, sus investigaciones curiosas, su ingenio superior, su vida irreprochable, su reforma una obra de la mano del Altísimo.»

Una carta de madama de Maintenon, de 29 de ju-



LA ABADESA DE CLAIRETS RECIBE DE RODILLAS A RANCÉ.

nio de 1698, nos da noticia de un viaje de su hermano á la Trapa, y añade: «Envidio la dicha que ha tenido mi hermano de ver lo mas edificante que hay en la Iglesia, y de haber oido á aquel de quien se ha valido Dios para establecer á todos esos santos, que parece que ya no son de la tierra.»

De suerte que todo se ocupaba de Rancé; todo, desde el genio hasta la grandeza, desde Leibnitz hasta madama de Maintenon.

El estilo de Rancé nunca es juvenil; su juventud se agostó con madama de Montbazon. En las obras de Rancé falta á las flores el soplo de la primavera; pero en cambio ¡qué tardes de otoño! ¡Cuán bellos son esos recuerdos de los últimos dias del año!

Rancé escribió mucho; lo que domina en él es un vehemente odio á la vida; lo inexplicable, lo que seria horrible si no fuera digno de admiracion, es la impenetrable barrera que ha colocado entre él y sus lectores. Jamás una confesion; nunca habla de lo que ha hecho, ni de sus errores, ni de su arrepentimiento. Lle-

ga, delante del público, sin dignarse decirle quién es; la criatura no merece la pena de que se explique delante de ella; encierra en sí mismo su historia, que le cae sobre el corazón: enseña á los hombres á observar una brutalidad de conducta con los hombres, á no tener ninguna compasion de sus males. No os quejeis; habeis nacido para las cruces, á ellas estais clavados, no bajareis de ellas; id á la muerte; procurad solamente que vuestra paciencia os haga hallar alguna merced á los ojos del Eterno. Nada mas triste que esta doctrina, mezcla de estoicismo y de fatalismo, que solo enternecen algunos acentos de misericordia que se exhalan de la religion cristiana. Penetrándose de ella, se comprende cómo Rancé vió morir á tantos hermanos suyos sin conmoverse, y cómo consideró el menor alivio ofrecido á los padecimientos como una insignie flaqueza y casi como un crimen. Un obispo habia escrito á Rancé acerca de una abadesa que necesitaba ir á los baños, y el abad le responde;

«Lo mejor que podemos hacer cuando vemos morir

á los otros, es persuadirnos de que han dado un paso que nosotros habremos de dar dentro de poco, y que han abierto una puerta que no han vuelto á cerrar. Los hombres salen de la mano de Dios, que se los confia al mundo por pocos momentos; cuando se han cumplido estos momentos, el mundo no tiene ya derecho para retenerlos, y es preciso que los de-

»vuelva. La muerte va avanzando y á cada instante de la vida tocamos á la eternidad. Vivimos para morir; el intento de Dios, cuando nos da el goce de la luz, es privarnos de él. No morimos mas que una vez, no reparamos con una segunda vida los errores de la primera; lo que somos en el instante de la muerte, lo somos para siempre.»



PRESENTARON UN CRUCIFIJO AL MORIBUNDO.

«Aquella lengua del siglo XVII ponía á disposicion del escritor, sin esfuerzo ni afectacion, la exactitud y la claridad, dejándole la libertad del giro y el carácter peculiar de su ingenio.

En la vigésimanona instruccion de Rancé se halla impresa esta descripcion del silencio:

«La soledad es poco útil sin el silencio, porque no nos separamos de los hombres mas que para hablar con Dios, interrumpiendo todo comercio con las criaturas.

«El silencio es la plática con la divinidad, el lenguaje de los ángeles, la elocucion del cielo, el arte de persuadir á Dios, el ornamento de las soledades sagradas, el sueño de los justos que velan, el mas sólido sustento de la Providencia, el cáuce de las virtudes; en una palabra, la paz y la gracia se hallan en la morada de un silencio bien regido.»

Rancé seria un hombre á quien se debería expulsar de la especie humana, si no se hubiera impuesto, y aun hubiera superado los rigores que imponía á los

demás; pero ¿qué se ha de decir de un hombre que responde con cuarenta años de destierro, que le enseña á uno sus miembros ulcerados, y que, lejos de quejarse, aumenta su resignación á medida que aumenta su dolor? Así era como cerraba la boca á sus adversarios, como Port Royal y todos sus santos retrocedían delante de él, y como hacía huir á sus enemigos enseñándoles la ensangrentada cabeza de la penitencia. Quería que todos los pecadores muriesen con él; y así como los famosos capitanes, no contaba los muertos que le había costado la victoria. Ya he hablado de su famoso tratado *De la santidad monástica*; en todos sus pensamientos, sacados de sus diferentes obras y recogidos por Marsollier, no se hallan más que repeticiones de la misma idea; siempre reproduce la misma dureza, pero la expresa admirablemente.

Al frente de un manuscrito de 206 páginas, de á 26 líneas cada una, traído de Alenzon, á donde se llevó después de la destrucción de la Trapa, se halla la siguiente nota, escrita por un fraile: «Este libro está escrito del puño y letra de nuestro reverendo y muy santo P. Fray Armando Juan, nuestro reformador de la Trapa, que por nuestra desgracia murió el mes pasado, á 31 de octubre de 1700, como había vivido.» Moreri cita el 26 de octubre, la *Gallia Christiana* el 27; una carta de Bossuet menciona el 29. y la nota arriba citada el 31 de octubre. En mi concepto, esta última forma autoridad; y lo mismo pensaba y escribía con fecha 3 de agosto de 1819 el bibliotecario de Alenzon: el P. Le Nain dice formalmente que Rancé espiró el 27 del mes de octubre á las dos de la tarde, de edad de setenta y cinco años, después de haber pasado treinta y siete en la soledad. El manuscrito citado me parece obra compuesta por Rancé en su juventud, y contiene sus estudios sobre la Trinidad, es decir, investigaciones sobre lo que acerca de ella dijeron Platon, Justino y Clemente de Alejandría, sin olvidar los himnos de Orfeo; grandes investigaciones que no hacia Rancé en la Trapa, y que visiblemente son obra de su juventud. La letra del manuscrito inédito en que me voy ocupando es de un jóven; lo que contiene en griego es fácil de leer; casi todas las letras complicadas están reemplazadas con letras sencillas. Rancé observa que el símbolo de Nicea añadió al *Credo* la palabra *hijo*.

Rancé anhelaba la oscuridad; y un fraile, su compañero, que no firma, y que se engaña en el año, pues pone 1600 en lugar de 1700, es quien nos da noticia de su muerte, muerte que en el día á nadie interesa.

Rancé escribió un prodigioso número de cartas. Si se llegasen á imprimir algún día con sus obras, se vería que una sola idea dominó su vida entera; desgraciadamente no se tendrían las cartas que escribió antes de su conversión, y que mandó quemar en el momento de su toma de hábito: esta colección sería un objeto de estudio notable solo por la diferencia de los corresponsales á quienes se dirigió; pero nunca abandona su idea predominante. Las respuestas á aquellas cartas y las cartas que á él le escribían, serían más variadas y tocarían en todos los puntos de la vida. En las cartas de Rancé se echa de ver una soledad como aquella en que encerró su corazón.

Las colecciones epistolares, cuando son largas, presentan las vicisitudes de las edades; acaso no hay lectura más seductora que las largas correspondencias de Voltaire, que ve pasar en derredor de sí un siglo casi entero.

Léase la primera carta, dirigida en 1715 á la marquesa de Mimeure, y el último billete escrito en 26 de mayo de 1778, cuatro días antes de la muerte del autor, al conde de Lally-Tolenda; reflexiónese sobre todo lo que pasó en este período de sesenta y tres años....

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, todas las

grandezas, todas las celebridades de la tierra reciben de rodillas, como un diploma de inmortalidad, algunas palabras del escritor que vió morir á Luis XIV, caer á Luis XV y reinar á Luis XVI, y que colocado entre el gran rey y el rey mártir, es él solo toda la historia de Francia de su tiempo.

Pero acaso una correspondencia privada entre dos personas que se han amado, es cosa todavía cosa más triste, porque ya en ella no es á los *hombres*, sino al *hombre*, á quien se ve.

Al principio las cartas son largas, vivas, frecuentes; el día no basta para escribirlas; continúan después de puesto el sol y se trazan algunas palabras al tibio resplandor de la luna, encargando á su casta, silenciosa y discreta luz que cubra con su pudor mil deseos. Al alba se separaron los amantes, y al alba espían el primer crepúsculo para escribirlo que creen haberse olvidado de decir en horas enteras de delicias. Mil juramentos cubren el papel, en el que se reflejan las rosas de la aurora; mil besos sellan las palabras que nacidas de la primera mirada del sol; no hay una idea, no hay una imagen, no hay una ilusión, no hay un accidente, no hay una zozobra que no tenga su párrafo.

Más hé aquí que una mañana se desliza una casi imperceptible sombra sobre la hermosura de aquella pasión, como la primera arruga sobre la frente de una mujer idolatrada. El aliento y el perfume del amor espiran en esas páginas de la juventud, como desfallece de noche una brisa sobre las flores; compréndese el desfallecimiento, pero nadie quiere ser primero en confesarlo. Se abrevian las cartas, disminuye su número, se llenan de noticias de descripciones, de cosas extrañas; algunas se han retrasado; pero ya esto causa menos inquietud; seguro de amar y de ser amado, la razón en el amante ha recobrado su imperio; ya es ociosa la queja, no hay más remedio que someterse á la ausencia. Siguen empero adelante los juramentos; siempre se siguen empleando las mismas palabras, pero ya están muertas; les falta la vida; te *amo* no viene á ser ya más que una frase hija de la costumbre, una fórmula obligada, el *queda de vd. afectísimo* de toda carta de amor. Poco á poco el estilo se va enfriando ó irritándose; ya no se aguarda con impaciencia el día del correo, antes bien se teme; escribir llega á ser una cansada tarea. Se avergüenza uno interiormente de las locuras que ha confiado al papel; quisiera poder recoger sus cartas y arrojarlas al fuego. ¿Qué ha sobrevenido? ¿Empieza por ventura un nuevo amor ó acaba un amor antiguo? No importa: el amor ha muerto antes que el objeto amado. Fuerza es reconocer que los sentimientos del hombre están expuestos al efecto de un trabajo oculto; una fiebre del tiempo que produce el hastío, que disipa la ilusión, que mina nuestras pasiones, que marchita nuestros amores y cambia nuestros corazones, como cambia nuestro cabello y nuestros años. Hay sin embargo, una excepción á esta miseria inseparable de las cosas humanas; sucede á veces que en una alma robusta un amor dura bastante para transformarse en apasionada amistad, para llegar á ser un deber y para tomar las cualidades de la virtud; entonces pierde su desfallecimiento de naturaleza y vive de sus principios inmortales.

No separemos de las obras de Rancé las instrucciones de San Doroteo, traducidas del griego para las instrucciones de los padres de la Trapa. San Doroteo se convirtió á la vista de un cuadro, como Eneas halló los recuerdos de Troya en los palacios de Cartago. Representaba aquel cuadro los diversos tormentos de los pecadores en el infierno; de repente se apareció junto á Doroteo una señora de extraordinaria magestad y hermosura, le explicó el cuadro y desapareció; por aquí se ve cómo habían penetrado las memorias de Virgilio hasta en las imaginaciones del Oriente, dado

que no fuera el Oriente la cuna de aquellas memorias. Las instrucciones de San Doroteo sobre los juicios, sobre las acusaciones de sí mismo, sobre el recuerdo de las injurias y sobre las costumbres, están escritas en la traducción de Rancé con unción é interés. Un día según una de esas historias, uno de sus hermanos fué á buscar al abad al desierto, y le dijo: «Tened compasión de mí, padre mio, porque hurto y me como luego lo que he hurtado.—¿Y por qué? dijo San Doroteo; ¿es porque tenéis hambre?—Sí, padre mio, respondió; lo que dan en la mesa comun, no me basta.» Doblóse la ración del solitario y siempre seguía hurtando. Aquel pobre hermano sabía que el hurto es un pecado; lloraba su culpa, y sin embargo se dejaba arrastrar por su apetito.

D'Andilly no había dejado á Rancé que traducir más que la historia de Doroteo, escrita en mal griego del siglo III, difícil de entender, y de que no existía más que una paráfrasis infiel. Yo he visto entre Jafa y Gaza el desierto que habitó Doroteo; no estaban ya allí las setenta palmeras ni las doce fuentes.

Una serie de repetidos padecimientos obligó por fin á Rancé á renunciar su abadía. Tanto abatía á todos la magestad de Luis XIV, que los mismos solitarios no podían prescindir de hacer oír aquel lenguaje de la lisonja usado en Versalles. No era cosa tan fácil como se cree hacer admitir la dimisión de un trapense; detrás de esta admisión se reproducía la cuestión del *abad commendatario* ó del *abad regular*. La santidad inspiraba á Rancé una destreza singular tan luego como se renovaban algunas contestaciones; si el jefe de la Orden del Cister apelaba al papa, Rancé apelaba al rey. Luis XIV avocaba el negocio á su consejo, y sin dar la causa por ganada á una de las partes, restablecía el equilibrio. La corte se dividía tomando un vivo interés en aquellos altercados del claustro; un gran santo tenía tanto crédito como un gran señor; una gravedad comun hacía que la austeridad de la religión comunicase importancia á los negocios del mundo, y que los negocios del mundo diesen una vivacidad útil á los intereses de la religión.

Rancé había consentido en encargarse de la dirección espiritual de la abadía de Clairets, monasterio de mujeres dependiente de la Trapa, y que gobernaba Eugenia Francisca de Etampes de Valence, de una familia más ilustre que la de aquella duquesa de Etampes, llamada la más sabia de las hermosas y la más hermosa de las sabias.

La visita de Rancé al monasterio de Clairets se verificó el 16 de febrero de 1690; todavía se conservan, con el testimonio escrito de su visita, los discursos de apertura y de despedida. La abadesa hizo doblar la campana mayor de la abadía cuando se presentó Rancé en las inmediaciones, campana cuyo sonido se perdió como otros mil, en bosques que ya no existen; no sé qué encanto se halla en aquellos acentos que anunciaban unos ecos, mudos por mucho tiempo, el paso de un hombre sobre la tierra. A la entrada de la iglesia, la abadesa se hincó de rodillas delante del padre. Había dicho Rancé que la lectura del Viejo Testamento no convenía á las religiosas: «¿Para qué queréis, decía, que unas vírgenes obligadas á una perfecta castidad, lean el Cantar de los Cantares, la historia de la Susana, las de Judá, Tamar, Judit, Amon, la de la violencia hecha á la mujer del levita en Habaon, el Levítico, el libro de Rut?»

La palabra de Rancé, tan persuasiva como inflexible era su carácter, fue escuchada casi sin fruto en el monasterio de Clairets; con su voz destruía el efecto que producía con su palabra: por eso se halla una carta muy desabrida que escribió á una religiosa de aquel monasterio: «Os confieso que me ha sorprendido veros en disposiciones y pensamientos que yo estaba muy distante de suponerlos; porque, en fin, ¿qué más podía hacer Dios para aseguraros con-

tra el temor de la muerte; que llamaros á un estado que debe inspiraros aversión y desprecio á la vida?»

Nacido para el mundo, el abad se separaba de él por medio de la penitencia; pero en medio de todos aquellos dolores mujeriles, no advertía que intentando hacer volver á la humanidad á los rigores del Oriente, se engañaba de siglo y de clima:—que no tenía cuervos para alimentar á sus anacoretas, palmeras para coronar sus cabezas, ni leones para cavar la huesa de las Tais. Su moral caía en esos errores de nuestra poesía que no habla más que de la crueldad de los tigres en bosques donde no vemos más que cabritillos.

Rancé volvió á la Trapa en medio de una tempestad; los truenos acompañaban magestuosamente los trémulos pasos de aquel anciano. Ya habían pasado los buenos tiempos del cristianismo; cree uno oír cerrarse las puertas de un templo abandonado.

La abadesa de una célebre abadía de París, que había leído la obra *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*, no quiso consentir que volviese á introducirse la música en su convento, y sobre ello escribió á Rancé, que le respondió: «La música no conviene á una regla tan santa y pura como la vuestra: ¿es posible que vuestras hermanas sean tan ciegas y tengan los ojos tan cerrados, que no echen de ver que introducirían un abuso á que deben tener entera aversión?»

Rancé opinaba como los magistrados de Esparta, que multaron á Terprando por haber añadido dos cuerdas á su lira. Las monjas persistieron; el mundo se ríe de estas discordias que estuvieron á punto de echar por tierra una gran comunidad. El cielo puso fin á estas divisiones, como nos dice Virgilio que se apacigua el combate de las abejas; un poco de polvo tirado al aire hizo cesar la lid. Ocurrió que las religiosas que querían cantar se constiparon; y en esto reconocieron que la mano de Dios pesaba sobre ellas. Por lo demás, Rancé tenía razón; la música ocupa un término medio entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual; puede despojar al amor de su corteza terrestre, ó dar cuerpo al ángel; según las disposiciones del que la escucha, sus melodías son pensamientos ó caricias.

Varias medallas y retratos del abad de Rancé que llegaron á difundirse, dieron ocasión á nuevas calumnias; tratóse de soberbio, y de que deseaba eternizar su memoria. Hicieron circular otras medallas que llevaban en una cara estas palabras: *Restaurator monachorum*; y en la otra, un fraile mal hecho con este lema: *Labor improbus*.

El P. Lami, uno de los comensales de la Trapa, era semi-filósofo; difería de la opinión de Rancé en muchos puntos; pasaba por ser el hombre de su Orden que escribía mejor en francés, y había explayado con claridad las ideas de Descartes. Con ocasión de los *Estudios monásticos*, tuvo una discusión con Rancé delante de Mad. de Guisa, y Mabillon dice que Lami venció á Rancé (1). Una orden de Luis XIV impuso silencio á los partidos.

Si hay libelos impresos contra Rancé, otros hay que han quedado manuscritos, en particular una disertación sobre *las humillaciones*, por el presbítero Leroy; hállase en la biblioteca de Santa Genoveva. El abad de Rancé respondía: «Sabeis cuántas veces me han supuesto muerto: han visto que no dejaba de vivir, y ahora dicen que la vida del espíritu ha muerto en mí; que verdaderamente tengo una alma, pero que ya no raciocino.» Cuando le instaban á mitigar el rigor de la disciplina de la Trapa, respondía con estas cuatro palabras de los Macabeos: «*Moriatur in simplicitate nostra.*» Aconsejábanle que escribiese los deberes del cristiano, como había escri-

(1) Tomo 1.º de las obras póstumas de Mabillon.

to los deberes de la vida monástica; y, en efecto, compuso sobre este tema algunas páginas, pero se detuvo diciendo: «No me quedan mas que algunos días de vida, y el mejor uso que de ellos puedo hacer es pasarlos en el silencio.»

Treinta y cuatro años habitó Rancé en el desierto, y en ellos nada fue, nada quiso ser, y ni un momento siquiera relajó el rigor del castigo que se imponía. A pesar de esto, ¿pudo despojarse enteramente de su naturaleza? ¿no se le veía á cada instante tal cual le hizo Dios? Su firme resolución contra sus debilidades constituyó su grandeza; de todas sus debilidades castigadas se compuso un haz de virtudes. San Bernardo construyó su edificio sobre el cimicento de una grande inocencia; Rancé sobre las ruinas de su inocencia perdida, pero reparada.

El reumatismo, que primeramente le atacó la mano izquierda, se le pasó luego á la derecha, en la cual operó el cirujano de Mad. de Guisa: aquella mano le quedó inútil y contrahecha. Tenia el enfermo suma repugnancia á todo alimento; afligido de una tos insostenible, de un continuo insomnio, de crueles dolores de muelas, y de hinchazones en los pies, se vió reducido por espacio de seis años á pasar sus dias en la enfermería en una silla, sin mudar casi nunca de postura. Como le instase un dia un hermano lego á tomar un poco de alimento, díjole Rancé sonriéndose: «Aquí está mi perseguidor.» No empleaba á sus hermanos que tenian á gran dicha servirle, sino con suma discrecion; resistía la sed por no atreverse á pedirles de beber, temeroso de cansarlos. Cuando le daban algo, al instante manifestaba su gratitud descubriéndose é inclinando la cabeza: padecía agudos dolores que solo se revelaban á despecho del enfermo por algunas alteraciones de su semblante. Habia hecho poner en frente de su silla en la enfermería, estas palabras del profeta: «Señor, olvidad mis ignorancias y los pecados de mi juventud.» Durante aquella perpétua agonía, compuso su libro titulado *Reflexiones sobre los cuatro Evangelistas*.

No siempre encontró Rancé adversarios como Mabillon; mas ignorantes los tuvo, y por consiguiente mas presuntuosos. Presentáronle una mañana una sátira contra su persona: leyóla, y alabó lo bueno que halló en ella, y dijo: «Excelente preparacion es esta para la misa.» Iba al altar.

En los trastornos de la villa, conservaba la paz del ánimo: en sus viajes se apartaba lo mas que podía de los caminos reales, y seguía senderos por medio de los trigos, con los ojos fijos en el sol próximo á ponerse entre las mieses. Si por casualidad encontraba alguna tartana, pedia licencia para subir en ella diciendo: «Yo debería conducir ese carro mas bien que ese rústico, porque aunque pobre, es un hombre de bien, y yo soy como siempre el mas desventurado de todos los pecadores.» Notició á sus hermanos los males que amenazaban á la casa; y en el dia aniversario de su profesion de abad, varios monjes reunidos en capitulo hicieron de rodillas esta protesta: «Protestamos conservar nuestra santa regla en toda su pureza.» Rancé renunció de nuevo al mundo, para no ocuparse mas que de los años eternos.

Al mismo tiempo escribieron los solitarios al papa: «Hace muchos años, santísimo padre, que disfrutamos de un grande y precioso tesoro en la persona de nuestro padre abad, pero va á sernos arrebatado si vuestra santidad no se da prisa á socorrernos. Camina á la muerte con alegría, nada quiere tomar de lo que podría reparar sus fuerzas, y canta con el Apóstol: Si la casa de barro que habitamos llega á desmoronarse, Dios nos dará en el cielo una morada que durará eternamente. ¡Ojalá nos sobreviva y nos cierre los ojos!»

El cardenal Cibo respondió en nombre del papa, que Su Santidad mandaba que el abad de la Trapa

suspendiese unas austeridades que comprometian su vida.

El 2 de noviembre del año 1694, escribia Rancé, al presbítero Nicaise: «Mr. Arnauld ha muerto despues de haber adelantado su carrera cuanto le ha sido posible, pero era preciso que terminara: asi han acabado muchas cuestiones. La erudicion de Mr. Arnauld y su autoridad, eran de gran peso para el partido feliz que no tiene otro mas que el de Jesucristo; que poniendo aparte todo lo que pudiera separarlo ó distraerlo de él ni siquiera por un momento, se ase á él con tanta firmeza, que nada es capaz de desasirle.» Una vez conocido este pasaje de la carta de Rancé, tan diferente de lo que escribió á Mr. de Brancas acerca de Arnauld, renacieron todas las animosidades: el mismo Rancé se asombró del ruido que metian estas cuatro líneas. En medio de aquella agitacion, escribió de nuevo el 27 de enero de 1595, al presbítero Nicaise: «He recibido hace dos dias una carta de mas de veinte páginas de vuestro buen amigo el P. Quesnel, llena de una dureza y de una vivacidad incomprendibles: en ella quiere probarme que he infamado el nombre de Mr. Arnauld; que le he dado una puñalada despues de muerto; que he hecho, en cuanto ha estado en mi poder, una herida mortal á su memoria y otra infinidad de cosas á cual mas violentas. Nunca he oido hablar de suposicion tan extraordinaria. Aun cuando hubiera escrito un volumen contra la vida, la conducta y las opiniones de Mr. Arnauld; aun cuando para esto me hubiese servido de las expresiones injuriosas, no me trataria de otro modo: me pide retractaciones y declaraciones públicas, como si por mi propia autoridad hubiera espulsado del gremio de la Iglesia á Mr. Arnauld despues de su muerte; añade que la Francia entera aguarda una reparacion de mi parte, y si yo hubiera prendido fuego á Port-Royal ó le hubiera arrasado, no me diria mas.»

Rancé tenia razon, no habia prendido fuego á Port-Royal. En cuanto á la conveniencia de sus previsiones, era una conveniencia que se dan fácilmente los hombres acostumbrados á servirse de la pluma. Por lo que respecta al grande Arnauld, cuyas obras ya no se leen, hay que advertir que los últimos años de su vida habian debilitado la gravedad que le servia de escudo. Escondido en el palacio (hotel) de Longueville, disfrazado con una casaca gris, el espadín á la cintura, y con un pelucon, el viejo jansenista vivia en una boardilla á espensas de la aventurera de la Fronde, y cometia mil imprudencias. Madama de Longueville decia que hubiera preferido confiar sus secretos á un libertino. Cuando se disfrutaba de una reputacion imponente, es preciso evitar los disfraces poco decorosos.

Por lo demás, las virtudes de Rancé desarmaban á todos sus enemigos. El mismo P. Quesnel, retractándose de lo manifestado en la altanera carta que habia escrito el abad de la Trapa, decia: «No solo porque há mas de treinta años que hago profesion de honorarlo, sino tambien principalmente porque se debe respeto al espíritu de Dios, que reina en sus siervos, y porque además es obligacion de todos no contristar ni perjudicar á esos hombres disminuyendo la reputacion de los obreros que el Señor se ha dignado emplear, me es lícito no ser siempre de su sentir, y no aprobar todos sus actos, pero nunca debo dispensarme de tratarlos con respeto.»

Continuaban las punzadas contra Rancé de cerca y de lejos, y decia *Ego sum vermis et non homo*. En la coleccion de canciones (1) se leen coplas contra él.

(1) *Coleccion de canciones*: tomo VII, pág. 277, en 1629; versos sobre Armando Juan Le Bouthillier de Rancé, abad regular de Ntra. Sra. de la Casa de Dios de La Trapa, de la estrecha observancia del Cister.

Un testigo amigo de Rancé, el P. Le Nain, nos describe en estos términos sus trabajos y las inquietudes de su monasterio:

«¿Quién hubiera podido creerlo, dice, á no haberlo visto con sus propios ojos? Este hombre que pareciera no vivir mas que de padecimientos y de penas, como si hubiera tenido un cuerpo de diamante y de todo punto insensible, ó mas bien como si hubiera sido un espíritu puro, estaba siempre en accion desde por la mañana hasta por la noche: escribe, dicta cartas, compone sus obras, estudia, escucha á sus religiosos, responde á todas sus dificultades, dirige á ochenta personas que componen su comunidad, asi novicios como profesos; dispone todo lo que le concierne, tanto para el interior de la casa como para sus necesidades exteriores; unas veces va á la enfermería, de la enfermería á los huéspedes, de los huéspedes al claustro, y del claustro á sus hermanos; ya visita las celdas para ver si todos se ocupan, ya baja al coro para examinar con qué devocion se celebran los divinos oficios, y ya vuelve á su celda donde le aguarda algun hermano. Mas tambien acontece con frecuencia que vuelve á ella tan sumamente cansado, que no puede tenerse en pie, y no bien ha llegado cuando le obliga á salir de nuevo la visita de algun huésped; ni siquiera durante el tiempo destinado al descanso da tregua á sus ocupaciones. Vésele entre maitines y prima, dar una vuelta por el monasterio ó ir al patio de los hermanos legos, ó recorrer el dormitorio para ver si todos están acostados, porque dice que no es menor falta contra la regla no retirarse á descansar al toque de retiro, que no levantarse apenas se oye la campana de llamada.»

A estas fatigas del cuerpo añadia Rancé las del espíritu, resistiendo en su alma todas las penas y todas las tentaciones de sus hijos, sus flaquezas y sus miserias; y como otro San Pablo, haciendo todo para todos, los llevaba en sus entrañas; estaba triste con los tristes, enfermo con los enfermos, y cargaba por el puro efecto de su caridad con todos sus males corporales y espirituales.

Haciale presente sus amigos que se tomaba demasiado afan por un monasterio que no subsistiría, á lo cual contestaba: «La Trapa tendrá la duracion que debe tener segun disponga la Providencia. Si se hubiera tomado por norma de conducta de las antiguas edades, la consideracion de que no hay cosa que no deba ser alterada por el tiempo, nada se hubiera hecho, y el campo de Jesucristo seria un desierto estéril, privado de todas esas grandes obras que constituyen su ornato y su hermosura: Dios se burla de la diligencia de los hombres que se toman tanto afan por conservar su vida en la víspera de su muerte.»

El siervo de Dios estuvo espuesto á las pruebas de que nos hablan las historias de aquellos tiempos, historias que se hallan repetidas en todos los monasterios y que muchas veces habia recordado Rancé en las vidas particulares de algunos de sus religiosos. Un joven energúmeno habia declarado que sitiaban á la Trapa legiones de demonios. Creíase que no habia soledad vacía, que se habitaba enmedio de un mundo de espíritus, pero estos espíritus tenian un domicilio en los claustros; lo maravilloso acababa de engrandecer la poesia. Rancé oia rumores ásperos y penetrantes; sus frailes le referian que experimentaban por la noche sacudimientos de una fuerza estraña. Oíanse en los dormitorios horribles rumores, como de personas que peleaban entre sí; oíanse llamar á las puertas de las celdas, ó bien parecia que un hombre andaba solo á pasos agigantados; una mano de hierro pasaba y volvía á pasar sobre la cabecera de las camas. ¿Eran estos fenómenos aquellos recuerdos que bajo otras formas se hallan en las elegias de Tibulo?

Quam juvat immiles ventos audire cubantem.

«Debemos atribuir aquellos efectos á las tempestades de la noche en las desolaciones de la Trapa, ó á las ilusiones de la astrología de que acusaba Rancé el P. Le Main? ¿Eran por ventura obra de aquella mujer que el padre de la Trapa habia visto en Verets enmedio de las llamas, ó era en fin, el mugido de las olas del tiempo al estrellarse contra las riberas de la eternidad? Rancé se preparaba á exorcizar la casa, pero á fines del año 1863 cesaron aquellos rumores. En aquellos tiempos, los hombres que habian amado no creian que estuviesen desiertas las sepulturas.»

De ningun modo impedían á Rancé los cuidados interiores de la comunidad ocuparse de lo que pasaba fuera, y así tomó mucha parte en la muerte de la princesa palatina, ocurrida en el mes de julio de 1685. Ana de Gonzaga de Cleves habia consultado varias veces á Rancé sobre escrúpulos de conciencia. Su nombre recordaba una lindisima obra de Mad. de La Fayette, y para Ana de Gonzaga compuso Bossuet una de sus mas bellas oraciones fúnebres. Despues de haberse ocupado en las ideas de su siglo, ideas que se alejaban del tiempo en que vivia, la princesa palatina habia empezado por las ideas cartesianas; de aqui habia pasado á no creer nada, y dando luego la vuelta completa, llegó por su propio pie á la religion, como muchos incrédulos ó libertinos de aquella época. Durante su residencia en Francia habia visto la Fronde, que, segun Bossuet, era un doloroso parto de la Francia para dar á luz el milagroso reinado de Luis XIV.

«¿Y qué habian visto, esclama el grande orador, recordando la filosofia de la princesa palatina, qué habian visto aquellos raros ingenios de mas que los otros? Nada vieron, nada se les alcanza, ¿y ni siquiera trataron de establecer la nada á que aspiraban para despues de esta vida?»

Bossuet refiere lo que la misma princesa palatina le contó á él. «Una noche, le dijo, en que se creia ir sola por un bosque, me encontré con un ciego en una casita y le pregunté si era ciego de nacimiento, ó si habia quedado tal por accidente, á lo que me respondió que habia nacido ciego. ¿Luego no sabeis, le dije, qué cosa es la luz, que es tan hermosa y tan agradable?—No, me respondió, sin embargo, no dejo de creer que es cosa hermosísima. Entonces me pareció que aquel ciego mudó repentinamente de voz, y hablándome con autoridad me dijo:—Eso debe enseñaros que hay cosas escelentes aunque no podamos comprenderlas.»

Bossuet en su oracion fúnebre habla de su amigo Rancé: «Un santo abad cuya doctrina y vida son un ornamento de nuestro siglo, prendado de una conversion tan admirable y perfecta como la de nuestra princesa, le mandó que la escribiese para edificacion de la Iglesia: la princesa dió principio á esta narracion, confesando su error: vos, Señor, cuya infinita bondad no ha dado á los hombres nada mas eficaz para borrar sus pecados que la gracia de reconocerlos, recibid la humilde confesion de vuestra sierva.»

Ana de Gonzaga era una de aquellas mortales cuya hermosura habia rondado por los bosques de la Trapa: inspiró á Enrique de Guisa, arzobispo de Reims, una pasion correspondida: mezclóse, dice Mad. de Monteville, á casi todo lo que se hizo entonces, y sostuvo al cardenal de Mazarino, que no se lo agradeció mucho: se conserva una carta suya inserta entre las de Bussy-Rabutin: desgraciadamente se han perdido las otras cartas que escribió á la mariscal de Guedriand, y el tratado sobre el *Arte de juzgar de la verdad de los sentimientos*. Las damas filosóficas de aquel siglo, que poco á poco fueron declinando hácia el materialismo, empezaron por ser cartesianas y caminaban al seno de Dios, sometidos los pensamientos hácia la razon, en vez de entregárselos como flores. Ana de Gonzaga no era insensible al dinero, recibió

cuantiosas sumas para llevar á cabo casamientos que no llegaron á efectuarse, y no devolvió dichas sumas ó presentó cuentas que las absorbían.

Después de su muerte, la princesa palatina fue enterrada en Val-de-Grace, al lado de Benita, su hermana. Cuando se desenterraron los muertos, los profanadores insultaron aquellos despojos como se arrojan al viento hojas de rosas secas. Rentz dice que la princesa palatina era muy dada al galanteo, y que tenía tanta capacidad como Isabel para dirigir un Estado.

En medio de todas aquellas tribulaciones, no tenía Rancé mas refugio que la paciencia cristiana. Se escribió y aun se predicó contra él; se atacaron su doctrina y su conducta; se procuró hacerle pasar por un hereje ó por un fanático, se publicó que celebraba asambleas contra la religión y contra el Estado. A pique estuvo la Trapa de ser destruida como Port-Royal; Rancé en medio de todas sus aflicciones de espíritu, experimentó dolencias que no le permitían tomar reposo alguno, y se vió maltratado hasta por aquellos mismos á quienes mas bien habia hecho. Llegado á aquel colmo de dolor que tanto habia deseado para parecerse á Jesucristo, su maestro, proponíale que se curase con el auxilio de los médicos. «Estoy, respondió, en manos de Dios; él es quien da la vida y quien la quita; él sabrá curarme si es su voluntad que viva. Pero ¿para qué ha de curarme? ¿para qué sirvo? ¿qué hago en este mundo mas que ofender á Dios?» Cuando experimentaba alguna tregua en sus padecimientos y le felicitaban por ello, decía; ¿De qué me felicitas? de que estoy preso, de que, estando á punto de romperse mis ligaduras, me han cargado con nuevas cadenas?»

Rancé quemó una multitud de cartas llenas de testimonios de admiración, otras conservó en cuyo margen estaban escritas de su puño estas tres palabras: *Cartas para conservar*, y que eran cartas infamatorias contra él. ¿Era aquello humildad ó orgullo? El padre de Monty fué á verle, y le obligó á llamar á un médico. «Es preciso esclamar como Job,» decía: «El que ha empezado, acabe de reducirme á polvo.» Conjurábanle que dejase por algun tiempo el aire de su retiro. «He dicho al entrar aquí,» respondía: *Hæc requies mea.*

A los que le oponían la poca seguridad de la duración de la Trapa, contestaba: «Durará lo que debe durar. Si en las edades anteriores se hubiera tomado por norma de conducta la consideración de que no hay cosa que no esté sujeta á decadencia, ¿qué sería hoy la heredad de Jesucristo? (1).»

En octubre de 1693, envió Rancé al rey su dimisión, en la que llamaron la atención estas patéticas palabras: «Señor, como me siento impaciente de ejecutar el designio que Dios me inspira hace mucho tiempo de pasar mi vida en un austero retiro y de prepararme á la muerte; como mi salud que diariamente declina, me pone en la impotencia de consagrar toda la aplicación que debo á la dirección de mis hermanos, y me avisa de que no pueden estar distantes mis últimos momentos, he creído que el primer paso que debía dar era dejar la carga de esta abadía, y que debo á vuestra real bondad, en viandando á V. M., como lo hago, mi dimisión absoluta é incondicional.»

Recibió Luis XIV esta dimisión de manos del arzobispo de París, y le dijo: «Que vuelva á la Trapa el hermano portador de la carta; que el señor abad examine el caso delante de Dios, y me diga sinceramente lo que mejor le parezca.» El arzobispo escribió á Rancé: «Os felicito con todo mi corazón por todos los empeños que han acompañado á la merced que os ha hecho el rey en esta última ocasión; en

(1) Este párrafo está en la edición francesa casi literalmente repetido en una de las páginas anteriores. ¿Será por olvido?

ellos he tomado toda la parte imaginable como el mas apasionado y fiel de vuestros servidores.»

Nombró el rey para reemplazar á Rancé al P. Zozimo, prior de la espresada abadía, y amigo de Rancé. Llegado que hubieron las bulas de Roma, el 19 de setiembre del año 1695, el nuevo abad fue instalado el 28 del mismo mes. Débil y casi incapaz de sostenerse, el antiguo abad se prosternó á los pies del nuevo, y le dijo: «Padre mio, vengo á prometeros la obediencia que os debo como á mi superior, y á suplicaros que me trateis como al último de vuestros religiosos.» El obad Zozimo se hizo de rodillas, y les respondió: «Y yo, padre mio, os renuevo la obediencia que os he consagrado desde mi entrada en esta santa casa.» Magestuosa abnegación que daba proporciones desconocidas á la naturaleza humana.

Aquellos monjes puestos de rodillas el uno delante del otro no eran hombres; eran dos santos pertenecientes á aquellas visiones que se columbran en las profundidades del cielo.

Rancé, reducido á la condición del simple religioso, continuó edificando con sus ejemplos al monasterio que habia santificado con sus órdenes. A Rancé abatido, y por consiguiente mas poderoso, continuó Bossuet dirigiéndose para el consuelo espiritual de sus amigos. «Os recomiendo, le escribia, tres de mis principales amigos, y que hace muchos años eran mis mas íntimos, y que Dios me ha quitado en quince dias por diversos accidentes. El mas sorprendente de estos, es el que se halla el abad de Saint-Luc, á quien un caballo tiró al suelo con tal violencia, que murió del golpe una hora despues, á la edad de treinta y cuatro años.»

El P. Zozimo desapareció en breve: el rey nombró para sucederle al P. Jacobo de Lacour, despues de haber enviado al P. Lachaise á tomar informes cerca de Rancé. Luis XIV descendía á estos pormenores de la sociedad de entonces, como Bonaparte entró en las cosas mas menudas de la sociedad del día: pero la sociedad pasada tenia de grande que se apoyaba en el altar.

El quietismo habia nacido en el año 1694, y continuó en su fuerza hasta el 1697. «Este mundo, dice Bossuet, parecia querer engendrar alguna estraña novedad; es preciso amar, decía, este mundo, como si estuviéramos sin rendición y sin Cristo.»..... Fenelon se inclinó al quietismo, renovación de la heregia de los gnósticos. Pronto se abrieron en Issy sobre el quietismo conferencias entre Bossuet y Fenelon, en las que el abad de Rancé fue nombrado Juez, pero no acudió á ellas... En 1697 se publicaron las *Máximas de los Santos*.

Con ocasion de este libro, decía Bossuet: «¿Quién le niega (á Fenelon) el talento? Lo tiene hasta tal punto que espanta.» Las *Máximas de los Santos* fueron condenadas en Roma; y Fenelon, con mas habilidad que humildad, negó en el púlpito que la obra fuese suya. Leibnitz, hablando del libro del obispo de Cambray (Fenelon), atribuye al abad de la Trapa una carta muy razonada, en la que atacaba á los falsos místicos. «Esos hombres se imaginan, decía Leibnitz, que una vez unidos á Dios por un acto de fe pura y de puro amor, esa union persevera mientras tanto que no se revoca formalmente.» He notado en las cartas de Rancé, escritas al presbítero Nicaise, con ocasion de aquellos últimos debates religiosos, este hermoso rasgo acerca de Cronwel: «Vemos á aun hombre vivo representar el personaje de la muerte, y con una hoz invisible derribar un trono.»

El quietismo hizo mas estragos en Italia que en Francia. Decíase que solo Rancé podia responder al libro de la *Máximas de los Santos*; sobre ello escribió el abad de la Trapa á Bossuet, que divulgó su carta para apoyarse en una autoridad tan grande: «Me ha caído en las manos, escribia á Rancé en 1697, el

libro del obispo de Cambray, y apenas he podido creer que un hombre como él fuese capaz de dejarse llevar de ideas tan contrarias á lo que nos enseña el Evangelio.» «Nada hay, escribia al mismo tiempo al presbítero Nicaise, que me cause mas horror que las extravagancias y los dogmas impíos que se atribuye á los quietistas. Dios quiera que se atajen sus progresos, y que no pise mas adelante el daño que han empezado á hacer en los sitios donde se han introducido.»

El 3 de Octubre de 1688, decía Rancé: «¿Nunca se causarán los hombres de hablar de mí? Cosa muy dulce sería estar tan olvidado que solo viviera uno en la memoria de sus amigos,» gritos de ternura que rara vez se exhalan del alma cerrada de Rancé.

Sabido es lo que habeis escrito contra el monstruoso sistema del quietismo, dice Rancé en una carta á Bossuet; porque todo lo que escribis, señor ilustrísimo, son decisiones. Si se realizasen las quimeras de estos fanáticos, sería preciso cerrar los libros de las divinas Escrituras, como si no nos fueran de ninguna utilidad. Estas cartas de Rancé fueron mal recibidas. Fenelon tenia numerosos partidarios. «Este prelado, dice San Simon, era un hombre alto, delgado, bien formado, pálido, nariz grande, ojos de donde salían como un torrente el fuego y el talento, y una fisonomía tal, que no he visto ninguna que se le pareciese: bastaba verla una sola vez para tenerla siempre en la memoria. Todo se hallaba reunido en aquella fisonomía, cuyas facciones guardaban mucha consonancia: era grave y cortésana, seria y alegre, anunciaba igualmente el doctor, el obispo y el grande hombre; lo que en ella resaltaba, como en toda su persona, era la sagacidad, el ingenio, la gracia, el decoro, y sobre todo la nobleza. Se necesitaba hacer un esfuerzo para cesar de mirarle.»

Un hombre que ejercía tan eficaz dominio sobre la sociedad debe tener fanáticos. Necesario ha sido que la revolución venga á ilustrarnos, para que comprendamos esta expresión de quimérico que Luis XIV aplicaba á Fenelon.

El quietismo parece que se derivaba del molinismo, como lo advirtió Rancé, diciendo que conocía una ciudad toda entera donde habian pasado cosas tremendas introducidas por un santo del carácter de Molinos.

La reprobación de la Santa Sede contra las *Máximas de los Santos*, se publicó por justicia en 1699 en latín y en francés: en ella se prohiben, estas *Máximas*: «En el estado de la santa indiferencia el alma no tiene deseos voluntarios y deliberados en su interés; en el estado de la santa indiferencia no se quiere nada para sí propio; todo se quiere para Dios. La parte inferior de Jesucristo en la cruz no comunicaba á la superior su turbación involuntaria: los santos místicos han excluido del estado de las almas transformadas las prácticas de la virtud.» Así pasan siglos de esta censura de un obispo, firmada por el cardenal Albano y publicada á la cabeza del campo de Flora.

La sociedad que Rancé habia dejado no le perdonaba su penitencia. Una princesa maliciosa aplicaba al abad estas palabras del Evangelio: *Vae nutientibus!* ¡Infelices los que tienen hijos que mantener! aludiendo á los monges de la Trapa.

Las gentes acudían á la Trapa; la corte para ver al anciano convertido, para reirse de él ó para admirarle; los sabios para conversar con el sabio; los sacerdotes para instruirse en las lecciones de la penitencia. Juan Bautista Thiers fue uno de los peregrinos; Thiers se burlaba de todo, aun cuando estaba serio. La abstinencia de los Trapenses y su vida muda, no le convenían de modo alguno; pero hallaba en ella novedad, y esto le seducía; por eso escribió la *Apología del abad*

de la Trapa, á la que Rancé se opuso bastante aunque no le pesaba tener un defensor del ingenio y de saber de Thiers: la autoridad suprimió aquella apología. En 1694 escribia Rancé al presbítero Nicaise: «Le ha ocurrido una aventura al pobre Mr Thiers; yo le habia escrito con mucha instancia suplicándole que prescinadiese de mi defensa; pero el pobre hombre lleno de amistad y de celo por todo lo que me interesa, nunca pudo dejarse persuadir á lo que le pedia. Se ha descubierto que su libro se estaba imprimiendo en Leon, y se han recogido todos los ejemplares por orden del señor canciller: discurrid la pesadumbre que habrá tenido el autor; naturales que yo lo haya sentido vivamente estando obligado á ello por justicia y á título de agradecimiento.»

El pobre hombre se reía. En la *Apología del abad de la Trapa*, Thiers cae sobre el P. Sainte-Marthe, y se burla de él por haber dicho que Mad. de Maintenon le hacia el honor de mirarle como pariente. La apología está escrita con vivacidad: el apologista cita versos ridiculos contra Rancé, escritos, dice, por el primero de los poetas benedictinos; Thiers, justificándose á sí propio, asegura que habria menos encarnizamiento contra él si no hubiera clamado contra los arcedianos, en su libro de la *Estola*, en su tratado del *Despojo de los curas* y en su *Factum* contra el cabildo de Chartres. Por último termina su apología, demasiado larga, pues se compone de 511 páginas para la defensa de Rancé, con estas palabras: «Basta lo dicho, R. P. Sainte-Marthe, para haceros recapacitar y quitaros la buena opinion que teneis de vuestra personilla.»

Tal fué Rancé; esta vida no satisfacía, porque falta en ella la primavera; la ojicanta cayó destruida cuando empezaban á despuntar sus flores. Rancé, se habia propuesto recorrer el mundo en busca de aventuras. ¿Qué hubiera hallado? Las felicidades que se forjaba en Veretz estaban en su alma. Supongamos que tomando la existencia por una ironía del cielo que adelantándose á las ideas de su época hubiera sacudido de sí esta existencia; su sangre hubiera humedecido apenas algunas matas. Si, curándose poco del porvenir hubiera preferido á la eternidad noches felices, otro desengaño: mañana ya no hubiera amado.

Los hombres que han envejecido en el desierto creen que, cuando llegue la hora, podrán devolver á su destino las gracias juveniles fácilmente, como se despiden á unos esclavos. Es un error; no se despiden del hombre á su antojo de los sueños, antes pugna dolorosamente contra un caos, donde el cielo y el infierno, el odio y el amor, la indiferencia y la pasión se mezclan en confusión espantosa. Anciano viajero entonces, sentado en una piedra del camino, Rancé hubiera contado las estrellas, no fiándose de ninguna, aguardando la aurora que no le hubiera traído mas que el hastio del corazón y la desgracia de los años. En el día nada hay que sea posible, porque las quimeras de una existencia activa estan tan demostradas como las de una existencia desocupada. Si el cielo hubiera puesto en los brazos de Rancé las fantasmas de su juventud, pronto se hubiera cansado de aquellas larvas. Para un hombre como él no habia mas refugio que el sayal: el sayal recibe las confianzas y las guarda: el orgullo de los años veda luego revelar el secreto y la tumba lo perpetúa. Por poco que el hombre haya vivido, habrá visto pasar á muchos muertos, llevándose en brazos sus ilusiones. ¡Feliz aquel cuya vida ha caído en flores! ¡elegancia de la expresión de un poeta que es mujer!

Retenido hacia mucho tiempo en la enfermería, Rancé vió acercarse sus últimos instantes. Nadie habia allí para poner la mano sobre el corazón de aquel Cristo. Cuando Jesús pidió á su Padre que apartase de él el cáliz, ¿quién ponía el dedo sobre el pulso del hijo

cu
no
ó p
I
ent
her
pro
roja
la p
teni
tado
E
Ran
cribi
trina
here
asam
pique
Roya
espir
tomar
aquel
gado
para
que s
respe
y qui
que v
sirvo
Dios?
padeci
qué n
do á
carga
Ran
timonio
gen est
Cartas
rias con
padre d
médico.
que h
Conjurá
su retir
requies
A los
cion de
durar.
do por
no hay
seria ho
En octu
sion, en
palabras?
ejecutar
cho tiem
de prepa
riamente
consagra
de mis he
tar distar
del primer
esta abad
viando á
é incondi
Recibió
bispo de Pa
hermano
examine el
mente lo
cribió á Ra
todos los e
que os ha
(1) Este pá
te repetido en

40

del Hombre para saber si sus sangrientas lágrimas provenían de la humana flaqueza ó de la dilatación de un pecho que se partía de caridad?

Apinábanse los religiosos á su puerta, mientras dictaba él una carta que les leyó el abad Jacobo de La-Cour: «Dios, decía, es el único que conoce mis fuerzas y el placer que tendría en veros; sin embargo, aunque este sentimiento ocupa mi corazón mas que nunca, me veo obligado á decir que, en el estado en que me hallo, me es imposible satisfacer este placer cual desearia. Rogad por mí, hermanos míos; pedid á Dios que si todavía puedo seros de alguna utilidad, me vuelva á la salud, y sino, que me saque de este mundo.»

Enviaron á buscar al obispo de Sees, amigo y confesor de Rancé, el cual mostró suma alegría al verle, cogió la mano al prelado, llevóla á su frente para empezar la señal de la cruz, é hizo en seguida una confesión general: suplicó al obispo de Sees que obtuviese la protección real en favor de la disciplina monástica de la abadía, añadiendo que en todo lo demás deseaba que la Trapa quedase en completo olvido.

Aquella familia de la religión alrededor de Rancé tenía la ternura de la familia natural y algo más; el hijo que iba á perder era el hijo que iba á recobrar; ignoraba aquella desesperación que acaba por extinguirse ante la irreparabilidad de la pérdida. La fe impide morir á la amistad; cada cual llorando aspira á la felicidad del cristiano llamado; se ve aparecer alrededor del justo una piadosa emulación que tiene el ardor de la envidia sin tener sus tormentos.

Viendo á un religioso que lloraba, Rancé le alargó la mano y le dijo: «No os dejo; no hago mas que precederos.» Las mismas palabras dirigió el Taso á los hermanos que le rodeaban en San Onufro. Rancé pidió que le enterrasen en el terreno mas abandonado y desierto: en un campo de batalla donde ya no se oye ningún ruido, se ven salir de la tierra los pies de algunos soldados.

Job murió en el estrecho recinto que él mismo se dispuso, como la palmera cuyas ramas están cargadas de rocío. Habló Rancé al prelado del desvelo con que le habían asistido sus hermanos: «Ved aquí, dijo, cómo se ha complacido Dios en favorecerme en todas las épocas de mi vida, y yo no he sido mas que un ingrato.» Entraba en aquel momento el P. abad Jacobo de La-Cour, y Rancé le dijo: «No me olvidéis en vuestras oraciones como yo no os olvidaré delante de Dios.» La noche siguiente fue mala: Rancé la pasó sentado en una silla de paja, teniendo puestas las sandalias de un religioso muerto recientemente.

Habiéndole preguntado el obispo de Sees si siempre había tenido con sus religiosos la misma caridad: «Sí señor, respondió el santo hombre. De algunos años á esta parte, por la gracia de Dios, no soy mas que un simple religioso como los demás, todos son mis hermanos, y ya no son mis hijos. Si me fuera lícito lamentar la pérdida de mi voz, mi dolor sería no poder hacerles oír cuánto los amo; á todos los conservo en el fondo de mi corazón, y en él espero llevarlos á la presencia de Dios.» A cosa de las ocho de la noche, Rancé se descubrió, suplicó á un hermano que le pusiese de rodillas para recibir la bendición de su obispo, é hizo una confesión general. El obispo de Sees dijo que había conocido en aquella ocasión mas que en ninguna otra, que aquel grande hombre había recibido de Dios un ingenio elevado, vivo, penetrante; un alma sencilla y dotada de admirable candor.

Cuanto mas había avanzado Rancé hacía el término, mas serenidad había adquirido: su alma esparcía su claridad sobre su semblante: el alba salía de la noche. Presentaron un crucifijo al moribundo que exclamó: «¡Oh eternidad! ¡qué ventura!» y abrazó el signo de salvación con la mas viva ternura, y besó la calavera que estaba al pie de la cruz. Al entregar

aquella cruz á un fraile, vió que éste no le imitaba, y dijo: «¿Por qué no besas la calavera? Por ella acababan nuestro destierro y nuestra miseria.» Se acordaba Rancé de la reliquia que la tradición suponía colocada junto á él? En las mas fervientes edades los cristianos practicaban todavía algunos ritos del culto de los falsos dioses.

El lecho de ceniza estaba preparado. Rancé le miró sereno con una especie de amor, y luego hizo un esfuerzo para tenderse en él, el obispo de Sees le dijo: «¿No pedis perdón á Dios?» — «Suplico á Dios muy humildemente desde el fondo de mi corazón,» respondió el abad, que me perdone mis pecados y me reciba en el número de los que ha destinado á cantar eternamente sus alabanzas...» por faltarle las fuerzas se detuvo. El obispo dijo: «¿Me reconocéis?» — «Os conozco muy bien, respondió el abad, y nunca os olvidaré.»

Como preguntase el obispo de Sees si habían dado algo al moribundo para sostenerle, el mismo abad de Rancé le dió la respuesta: «Nada ha faltado á la atención de su caridad.»

Con las palabras de la Escritura comenzó un último diálogo entre el agonizante y el obispo.

EL OBISPO.—El señor es mi luz y mi salvación.

EL ABAD.—En él pondré toda mi confianza.

EL OBISPO.—Señor, vos mi protector y mi libertador.

EL ABAD.—No tardeis, Dios mio; apresuraos á venir.

Estas fueron las últimas palabras de Rancé: miró al obispo, alzó los ojos al cielo y exhaló el postrer suspiro. Enterrósele en el cementerio comun de los religiosos.

Así se consumó el sacrificio: el arrepentimiento aísla al hombre de la sociedad y no es apreciado en lo que vale. Sin embargo, el hombre que se arrepiente es inmenso; pero ¿quién querría hoy ser inmenso sin ser visto? Rancé pasó de su choza de barro á la casa de Dios, casa magnífica.

Rancé fué llevado á la iglesia y colocado debajo de la lámpara; su rostro, que había parecido descarnado, apareció sonrosado y hermoso. En la iglesia estuvo desde el 27 de octubre hasta el 29. Los monges estaban de pie, deshechos en llanto, y tocando á porfía el cuerpo con lienzos y rosarios. Treinta religiosos cantaban los salmos; en la iglesia se decían misas continuamente. Cuando le depositaron en la huesa, el coro recitaba este versículo del salmo CXXXI: «Ahi habitaré porque lo he elegido.» En el cementerio le sepultaron; el pastor quiso hallarse, aun despues de muerto, en medio de sus ovejas. Rancé obtuvo testimonios auténticos que hoy podrían servir para su canonización. Despues de su muerte, se apareció á varias personas en una gran gloria; los reyes manifestaron su dolor, así los destronados como los que todavía ocupaban el solio.

«Parecia, dice el P. Le Nain, como que por todas partes resonaba una voz de trueno para inspirar á los hombres el desprecio del mundo, la vanidad de sus grandezas y la solidez de los bienes de la vida futura.» Efectuáronse ruidosas conversiones: un religioso había oído en sueños á una sagrada hostia que clamaba: «¡Temblad, temblad, temblad!» Y tal fue su terror que tardó mucho en recobrar el sentido. Algunos epilépticos quedaron sanos aplicándose lienzos que habían servido de vendajes en la mano enferma del reformador: de ello se conservan los certificados, y Roma no necesitará un largo proceso para incluirle en el catálogo de los santos. Su corazón estaba en el reposo, y el Espíritu divino había llenado su alma de esplendor.

San Simon dice interrumpiéndose: «Estas memorias son demasiado profanas para referir en ellas cosa alguna de aquella vida tan sublimemente santa: las

»suspendo aquí, pues todo cuanto pudiera añadir parecería mal en este lugar.»

Nacido el 9 de enero de 1626, diez y seis años despues de la muerte de Enrique IV, muerto en 1700, quince años antes de la muerte de Luis XIV, Rancé vivió setenta y cuatro años en la tierra, de los cuales pasó treinta y siete en la soledad para expiar los treinta y siete que había pasado en el mundo.

Cuando desapareció una multitud de contemporáneos famosos habían tomado ya la delantera: Pascal, Gorneille, Moliere, Racine, La Fontaine, Touraine y Condé: el vencedor de Rocroi había recibido de Bossuet su última corona. Aquel siglo ha quedado inmóvil como todos los grandes siglos, haciéndose el contemporáneo de las edades que le han seguido; no sin un sentimiento de dolor se ven caer algunas piedras del edificio. Cuando Luis XIV descende el último á la sepultura, una inconsolable pena se apodera del alma. Entre los escombros de lo pasado se movian los primogénitos del porvenir; unas cuantas celebridades empezaban á despuntar bajo la protección de un rey

decrepito, todavía en pié. Entonces nació Voltaire; esta desastrosa memoria comenzaba en una época que no podía pasar; la siniestra claridad se encendió al resplandor de una luz inmortal.

La obra de Rancé subsiste. Rancé se alejó de su soledad como Licurgo del valle de Lacedemonia, haciendo prometer á sus discípulos que guardarían sus leyes hasta su vuelta. Rancé partió para el cielo; todavía no ha vuelto á la tierra, y su reducido pueblo observa religiosamente sus leyes. Los trapenses han visto caer en derredor suyo las otras órdenes; han visto pasar la revolución y sus crímenes, á Bonaparte y su gloria, y han sobrevivido; tanta fuerza había en aquella legislación sobrehumana. La cripta de Esparparta era la muerte de los esclavos; la cripta de la Trapa era la muerte de las pasiones. Este fenómeno está en medio de nosotros, y no lo observamos. Las instituciones de Rancé, no nos parecen mas que un objeto de curiosidad sobre la que lanzamos una pasajera mirada.

FIN.

18
C